

Algar  CALZETÍN

Las vacaciones
de Saída

Eva
Peydró
Dibujos de
Horacio
Elena





1

Me llamo Ferran y no me gustan las verduras. Si son cocidas, parece que las hayan remojado demasiado rato en la bañera y que estén superlavadas, ultralimpias, sin sustancia. Si están fritas, las encuentro asquerosamente aceitosas, pero rebozadas son aún peor, porque parece que vayan disfrazadas. Además, mis padres creen que pueden tomarme el pelo, aunque eso no es nada fácil: sé perfectamente a qué enemigo me enfrento, sólo necesito una mirada rápida al plato que me ponen delante. Por ejemplo, hoy tengo clarísimo que el arroz va acompañado, como mínimo, de cuatro tipos diferentes de verdura. Hay de color naranja, verde clarito, verde oscuro y rojo.

–Ferran, no juegues con la comida. Coge una cucharada sin mirar y adentro –me dice mi padre, como todos los días.

Hoy hay que apresurarse y comer rápido, porque a las cinco en punto tengo que estar con mis padres en el aeropuerto. Lo mejor es que, por cabezota, he conseguido que venga con nosotros Truc, mi bestia canina de compañía: mi perro. ¡Pobrecito! Siempre que pasa algo guay tiene que quedarse en casa, pero yo tengo un plan para liberarlo y convertirlo, poco a poco, en un miembro más de la familia.

¡Ah!, no os he dicho por qué tenemos que ir al aeropuerto. Pues no vamos de viaje, no tengo tanta suerte. En lugar de eso, iremos a recoger a una niña que pasará el verano con nosotros y que todavía no conozco. Sólo la he visto en foto y tenía cara de enfadada, estaba muy seria y re-peinada. Mi madre tuvo que repetir su nombre tres veces hasta que lo entendí. Además, me lo acabo de aprender a fuerza de repetirlo durante toda la mañana: Saída, Saída, Saída. Me recuerda muchísimo la peli de Aladín.

Por una parte, se trata de una buena noticia, porque tendré compañera de juegos todo el

verano, aunque me tenga que ir al pueblo con la abuela. Pero, por otra, me da miedo aburrirme todo el día en casa, pendiente de ella y sin poder hacer lo que quiera. Mi madre ha intentado tranquilizarme y, al menos, no tendré que compartir mi habitación, porque le hemos preparado la cama donde duerme la abuela cuando nos visita.

¡Ya está bien!, basta de creer que será un mal rollo, aunque me vienen horribles pensamientos, como la idea de no tener más el ordenador para mí solo, ni la bici... ni la consola. No será como los domingos, cuando vienen un ratito Miquel, Toni o Anna a jugar. Eso es diferente, nos lo pasamos fenomenal y, cuando ya estamos a punto de peearnos, cada uno se va a su casa.

Ahora que lo pienso, parece que los amigos fueran hermanos hechos por encargo, a medida, tú los eliges, los invitas a casa cuando quieres (y te dejan tus padres), tienen más o menos la misma edad que tú y no los tienes que cuidar (si son más pequeños) ni obedecer (si son más mayores). Seguro que si ahora me pudiera oír mamá volvería con la canción de siempre:

—¡Ferran, no seas tan egoísta! —el tono de su voz, lastimoso o violento/agresivo, depende del día.

Se hace tarde, aún tengo que lavarme los dientes y preparar un ramito de bienvenida con flores del jardín. Ya las he elegido, pero todavía me falta encontrar un cordel para atarlas o un papel para envolverlas. Eso no será un problema, porque en lo referente a las reservas de objetos diversos e indefinibles, nunca me quedaré corto. En los cajones de mi habitación es fácil encontrar cordeles de diferente grosor, elásticos de colores, piedras *especiales*, hebillas, recortes de papel bonito... También hay calcetines desparejados que aún tienen una misión que cumplir en el mundo, al menos en el mío.

Un cuarto de hora más tarde (una buena marca), ya estamos todos en el coche: papá, mamá, Truc y yo. Conozco lo suficiente a mis padres para saber que están nerviosos e inquietos por la aventura que comienza. Sólo hay que ver que no se han enterado de que no llevo el cinturón de seguridad. Ésta ha sido una deducción infalible, ¿eh?, muy despistados tienen que estar para no haberse dado cuenta.

Ya estamos llegando al aeropuerto y me gustaría saber cuándo tendré la suerte de entrar por la otra puerta, la de los que se van... Mamá conduce superbién y, además, es una experta mundial en encontrar aparcamiento donde a los demás les parece imposible. Dejamos el coche y entramos para esperar a Saída.

Aún falta media hora. Mis padres, como maniobra de aproximación, se acercan a un grupo que también parece esperar. En mis once años de vida, nunca me hubiera imaginado que pudiera existir tanta gente dispuesta a convivir todo el verano con niños y niñas que no habían visto antes. Eso me pone contento de veras. Quiero que el avión llegue ya, instantáneamente. ¡No puedo esperar más!

Una voz, que no se sabe de dónde viene y que no quiere que nadie la entienda, repite en castellano, catalán, francés e inglés un mensaje enigmático. ¿Será para nosotros? ¡Sí! La gente del grupo comienza a murmurar y hacer gestos de resignación. El vuelo se retrasará un buen rato... Menos mal que mi padre propone que esperemos en la cafetería, porque el aburrimiento me habría desintegrado.

Como siempre, en situaciones parecidas, aprovecho la ocasión para atizarme un megahelado. Todos los veranos, desde que puedo recordar, es decir, dos, tengo un helado preferido. La única condición para elegirlo es que no tenga ninguna E en la etiqueta. Desde muy pequeño, mis padres me han enseñado a descubrir los aditivos, que pueden ser enemigos invisibles de la salud, escondidos bajo nombres en clave, como agentes secretos. La verdura no me la trago, pero eso de la letra-rama-cifra parece más serio.

El helado se ha acabado demasiado pronto, como siempre, y esta Saída no llega. Daré una vuelta por la tienda de regalos y después iré al quiosco, porque al pasar he visto una exposición increíble de tebeos que me ocupará el tiempo que queda.

De repente, una fuerza de origen desconocido intenta succionarme. Es papá, que me tira del brazo. ¿Ya? ¡Si casi había olvidado qué hago aquí! Una hora esperando y ahora hay que correr. Todo el mundo baja rápidamente hacia la puerta de donde saldrá ella. No vemos una máquina que barre automáticamente y que nos corta el paso, pero la evitamos a tiempo. La gente empieza a

reunirse. Los que están más cerca intentan mirar hacia dentro y los críos se ponen de puntillas. Poco a poco, como si lo hubieran ensayado, todos forman un círculo. Yo no sé si podré reconocer a la niña que nos ha tocado, pero papá se va muy decidido hacia el montón de gente que se apiña ante la puerta.

Mi padre se llama Tomás y hasta ahora no sé de nada que no sepa hacer, porque si no lo sabe, se lo inventa. A mí, esto me da vergüenza de vez en cuando, como aquel día en que se puso por primera vez los patines de hielo y se cayó cuatrocientas veces seguidas. Él nunca se da por vencido. La siguiente vez que patinamos ya lo hacía mejor que yo mismo. Mi padre siempre dice que si no lo consigues a la primera o no lo haces mejor que nadie, no es razón para dejar de divertirse y que tienes que seguir intentándolo mientras te lo pases bien.

¡Ahora sí! De puntillas, para que podamos verlo, nos hace señas, el gesto significa: *venid, que ya está aquí*. ¡Pues ya era hora! Nos abrimos paso hacia él, pero se aleja más, no está quieto, avanza evitando hombres, mujeres, niños y niñas. Decidimos esperarlo y no seguir la persecución.

Al cabo de un momento, aparece acompañado de una mujer del grupo y de otra que lleva una túnica que la tapa de la cabeza a los pies. Ésta camina tímidamente, como si tuviera miedo de avanzar con cada paso. Sus ojos son de un negro negrísimo y yo la encuentro... guapísima.

—Es Latifa, la encargada de acompañar a los niños hasta aquí —nos la presenta la mujer que va con ella.

—Latifa lleva la lista con los nombres de todos y todas y hará los emparejamientos con las familias —explica papá.

—¿Dónde está Saída? —digo yo, que ya pienso que esto se hace demasiado largo.

—Están todos en el control de aduana, que deben pasar las personas que vienen del extranjero —interviene la mujer que no me han presentado—. Dentro de un momento saldrán.

Vuelvo a mirar hacia la puerta y veo una fila de gente que tiene aproximadamente mi edad: nueve, diez, once... Todos son igual de morenos, con los mismos ojos negros y aspecto de acabarse de levantar de la cama. Los que hay que sonrían, contentos, pero otros parecen muy serios, casi tristes.



¡Ya está aquí Saída! y, además, ¡no llora! ¡No sé que decir, qué hacer! Me quedo pegado a mi madre.

—Os presento a Saída —papá habla sin soltarla, la lleva cogida por los hombros, no sé si para expresarles nuestro cariño o para que no se escape.

—Yo soy Lluïsa y éste es nuestro hijo Ferran —mi madre también está a punto de llorar y yo no he intervenido para nada.

Mamá me empuja con discreción y avanzo hacia la niña, le doy un par de besos en las mejillas y vuelvo a mi posición. Juntos iniciamos el retorno hacia el coche. La nena lleva una bolsa de deporte minúscula y no la suelta, aunque mamá se ofrece a cogerla. Sólo mira al suelo. Yo también, y me entero de que lleva unas sandalias tan gastadas que se aguantan como por arte de magia. También lleva un vestido muy corto, pero no sabría decir de qué color, porque todo lo que la cubre parece del mismo tono: arena.

Ella no habla. Llegamos al coche, abrimos las puertas y ¿qué veo? El ramo de flores mustias en que se ha transformado mi bonito ramo de bienvenida. Aunque las ventanillas estaban un poco bajadas, para que Truc no se asfixiara, mi regalo

está hecho un asco. Nunca aprenderé a hacer las cosas como debería. Aunque me esfuerce, siempre acabo metiendo la pata. Por ejemplo, ahora no sé si es mejor tirar discretamente las flores y olvidar el tema o dárselas, como si eso fuera de lo más normal.

–Ferran, ¡qué lástima de flores! –dice mamá, que no se ha perdido la jugada. La miro a los ojos buscando ayuda, pero ella las coge rápidamente.

–Saída, es un ramo de bienvenida que ha recogido Ferran en el jardín, pero el calor lo ha mustiado –ella misma se encarga de la cuestión.

–Gracias –contesta la niña y por primera vez podemos oír su voz. Coge las flores y cuando llegamos a casa todavía las lleva bien apretadas entre sus manos. ¡Lo que les faltaba!

Mis padres le han hecho preguntas durante todo el camino, sobre el viaje, su casa, la familia, pero ella tardaba mucho en contestarlas. Era como si tuviera que pensar bien cada respuesta y, la verdad, no eran tan difíciles.